

MISA CELEBRADA DURANTE LA VISITA A BOSTON

Boston, Mayo del 2000

La Iglesia en Cuba, de cara al Tercer Milenio

Terminamos un milenio en cuyos últimos siglos el hombre comenzó un retorno a la era precristiana, al mismo tiempo que parecía convencido de estar avanzando en la historia. Desde mediados del siglo pasado hasta los años sesenta del siglo XX, una verdadera embriaguez de ciencia y técnica fue el caldo de cultivo de un pensamiento sobre el hombre que tuvo como denominador común el decir del hombre lo que conviene únicamente a Dios. Al ser humano se le concedieron atributos que lo absolutizaron. El hombre fue endiosado en utopías, en ideologías, en diversos sistemas de pensamiento. No importa que lo fuera individualmente, como especie, o socialmente. El gran drama de este tiempo ha sido poner a los hombres y a los pueblos ante el dilema de optar por Dios o por el hombre. A este período de la historia se ha convenido en llamarle modernidad. Y al período que le ha sucedido, y en el cual parece que vivimos hoy, se le da el nombre de posmodernidad. En la modernidad, Dios sobraba, en esta época presente, en este cambio de siglo, falta Dios. Este tránsito doloroso y saludable lo hemos vivido y lo estamos viviendo en Cuba.

Los que tenemos algunos años asistimos a él con admiración y sorpresa; la nueva generación, con desconcierto, porque las etapas no se suceden unas a otras con fechas fijas; más bien se superponen, se gestan con simultaneidad a las corrientes dominantes de pensamiento. Y así, ni la Edad Media fue tan creyente ni el período moderno ha sido tan ateo; porque el hombre permanece siempre el mismo y se hace casi siempre las mismas preguntas y sufre y necesita amar y que lo amen y busca seguridades y reclama consuelo en su desvalimiento. Cuando pasa el frenesí de una época, todos vuelven a darse cuenta de que somos barro, hechura de la mano de un Dios que nos ha modelado y, al decir del profeta: «*¿Puede una vasija volverse hacia su hacedor para decirle: por qué me has hecho así?*». Llega entonces el momento de dejarse encontrar por Dios.

El primer movimiento será la búsqueda de Dios y esto es bueno. En la búsqueda está la posibilidad del extravío y también la de topar con la verdad que nos sale al paso. Pocos filósofos antiguos fueron tan contrarios al cristianismo como Porfirio. Pero San Agustín, a través de él, del vacío que ese pensador experimentó en su alma, descubrió que la única verdad que salva es Jesucristo. Y a Jesucristo lo podemos encontrar en cualquier momento, en cualquier sitio. Para todas las preguntas que el hombre antiguo, moderno, o posmoderno puede hacerse, Jesucristo es la palabra definitiva que Dios ha dicho a los hombres, una Palabra hecha carne que acampó entre nosotros. Esa es la Palabra que tiene que decir la Iglesia en Cuba en todo momento. Acampar es plantar una tienda en cualquier sitio. Dios se ha hecho encotradizo en Cristo.

El hombre puede encontrarse con Dios porque hace 2.000 años Dios nos envió su Palabra eterna hecha carne, que ha puesto su tienda en medio de nosotros. El pecado oscurece la visión de la fe en Dios. Lo terrible del pecado está dramáticamente presentado en el relato bíblico de la creación. Antes del pecado del hombre, Dios se paseaba por el jardín del Paraíso al atardecer y el hombre se encontraba naturalmente con Él. Después del pecado, el hombre fue sacado del Paraíso, de aquel jardín donde se encontraba con Dios y ya no pudo más compartir habitualmente con Él. Una nostalgia de Dios quedaría para siempre en el corazón del hombre.

Varios pensadores de la modernidad, llevados por esa nostalgia, que extrañamente nos asalta a todos, trataron de llegar hasta Dios solo con sus propias fuerzas, con sus propios razonamientos. Esto no es más que otro tipo de pretensión del hombre: la de ascender por sus propias fuerzas hasta

el Creador. Lo que no pudieron ellos, ni muchos otros llamados modernos, fue concebir el camino descendente de Dios: *«La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros... Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo no lo conoció. Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron, pero a cuantos lo recibieron les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre»*.

Ante la etapa que se abre hoy por delante de nosotros, cargada de memorias de un pasado rico y miserable y a la vez preñada de esperanzas e incertidumbres, debemos mirar el tiempo transcurrido desde la venida de Cristo hasta esta hora de la historia, como hijos de la Iglesia-Madre, que guarda en su memoria bimilenaria las incidencias del camino titubeante y grandioso de la humanidad, al modo de la Virgen María, que conservaba todas aquellas cosas que Dios había obrado en Cristo meditándolas en su corazón. En oración serena debemos descubrir, sobre todo, lo que Dios quiere decirnos a través de estos dos mil años de amor y de violencia que nos separan de la hora bendita en que los ángeles cantaron *«Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor»*.

Pero, ante todo, la memoria viva que la Iglesia tiene que brindar a la humanidad del nuevo milenio es la de su Señor, nacido en la pobreza del pesebre, contemplado por los pastores, cantado por los ángeles, que compartió todo lo nuestro, menos el pecado, y que murió por nosotros en la Cruz. Resucitado y glorioso está vivo y presente en medio de nosotros y lo estará siempre, hasta el fin del mundo. Su nombre es Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción y significa *«el que salva»*. En efecto, Él viene a rescatar aquel designio perpetuo de felicidad que el amor de Dios había concebido para el hombre, y salva al mismo hombre del no sentido y de la vaciedad. Por Él nos es posible volvernos a Dios y, bajo la acción del Espíritu Santo que Él mismo nos ha dado, llamarlo *«Padre»*. *Así que ya no somos esclavos, sino hijos*. Este es el recuerdo vivo y luminoso que la Iglesia conserva y que debe anunciar a la humanidad que se adentra en el nuevo milenio.

La fe cristiana lleva consigo este mensaje de salvación para el hombre concreto, es decir, una persona que ha nacido en una familia, que integra otros grupos de trabajo, de estudio, deportivos, de entretenimiento, de desarrollo cultural; que es ciudadano de un país determinado, con responsabilidades históricas, que tiene además, y esto es fundamental, un destino eterno. La Iglesia no puede ser, pues, una sociedad alternativa a la comunidad humana.

En sociedades de un fuerte estatismo o donde el individualismo o el nacionalismo exacerbado se han enseñoreado, puede existir en algunos o en muchos la tentación de considerar a la Iglesia, precisamente, como una sociedad alternativa. Pero la Iglesia, históricamente, nace de la predicación de Jesús sobre el Reino de Dios y de la Resurrección de Jesucristo, por la cual Dios lo constituye siempre presente en medio de los que acogen su palabra y a estos les envía el Espíritu Santo para que sean capaces de vivir y de anunciar esa palabra. En todo su ser y su quehacer, la Iglesia nos remite a Jesucristo, como Jesucristo nos remite al Padre. No puede homologarse la Iglesia a ningún estado, ni a ninguna asociación intermedia. Todo lo que la Iglesia pueda aportar a la historia y a la sociedad concreta donde ella se encarna viene de la revelación de Dios; ella ha recibido un encargo, una misión de parte de Dios Padre por medio de Cristo, que es su origen histórico como fundador y como roca de cimentación sobre la cual se asienta: *«La piedra desechada por los arquitectos es ahora la piedra angular»* (Hch 4, 11).

La posibilidad de la Iglesia de dar verdaderos frutos y de aportar algo nuevo a la sociedad depende de su constancia para hacer inolvidable a Jesucristo, para que los hombres de cada época y de cada lugar lo experimenten cercano. Esto debe provocar, en quienes lo descubran, sorpresa y fascinación. Así podrán situarse frente al rostro dolido y sereno de Cristo crucificado y contemplar cómo se inunda de luz en la mañana de la resurrección.

De este modo se comprende la Iglesia a sí misma, desde la memoria de Jesús con su mensaje, con la irradiación de su persona. Se comprende a sí misma movida siempre por el Espíritu Santo,

que, en cumplimiento de su promesa, Jesús le ha dado. Ella guarda, además, en su seno los sacramentos, que permiten que la gracia de Cristo se haga hoy presente y actuante. Por tanto, la Iglesia se comprende como enviada por Dios y en total acatamiento del plan de Dios.

Pero he aquí que está solicitada, requerida al mismo tiempo, como lo estuvo su Maestro, por las angustias y las esperanzas de los hombres. (G.S.I.,1). La Iglesia vivirá siempre en la tensión de estos dos reclamos: una absoluta fidelidad a lo que ella es y debe seguir siendo según el querer de Dios y una fidelidad al clamor de la humanidad en busca de certezas, de consuelo, de esperanzas y aun de satisfacción de sus necesidades vitales. La Iglesia vive siempre entre la grandeza y la debilidad de estas dos realidades.

Esta tensión entre la fiel acogida a Dios y la no menos fiel atención al hombre ha visto, en la historia de estos últimos siglos, a la comunidad cristiana tentada por dos concepciones absolutizantes: Una, dedicarnos solo a Dios, solo al Evangelio, solo al culto. Históricamente, la Iglesia se ha visto en períodos de su historia forzada a esta opción. Esto nos ocurrió en Cuba en un pasado no muy lejano. Esta es una especie de tentación teológica. Y está la tentación opuesta, de naturaleza antropológica: dedicarnos sobre todo al hombre, a sus problemas, poniendo en lugar central su autonomía, teniendo la libertad como un absoluto. Curiosamente, a esta última opción corresponde a menudo una acción formativa, cultural y profética acentuada al máximo, dejando a un lado la acción curativa del hombre dañado por las situaciones pobremente humanas que ha vivido; es decir, esa acción misericordiosa que siempre halla espacio y momento para reconstruir al hombre y a la sociedad, pues en ella encontramos, a menudo, grandes ideales, pero lamentablemente asociados a decadencias y desesperanzas.

La Iglesia, sin embargo, estará siempre a distancia con respecto a lo que los hombres, movidos por el deseo de eficacia, la voluntad de dominación o las prisas, reclaman de ella. Esto no se debe a falta de entrega o a incapacidad para adaptarse a los tiempos que corren o a que ignore las angustias de los hombres. Simplemente, los ritmos del mundo no son los de la Iglesia. Toda andadura realmente evangélica incluye una mirada y un proyecto a largo plazo. El paradigma es el sembrador de la parábola de Jesús, que sale a sembrar pacientemente la semilla. El modelo para nosotros, cubanos, es el Siervo de Dios Félix Varela, sacerdote ilustre y santo, que vivió parte de su ministerio en Estados Unidos, con su siembra paciente de valores evangélicos.

Es evidente que hay otra distancia siempre insalvable respecto del tiempo que le toca vivir a la Iglesia o de los hombres que viven en ese tiempo: es su acercamiento a Dios, al único necesario, que es nuestro futuro absoluto.

El gran desafío para la Iglesia no es solo ser aceptada por las estructuras sociales y políticas siendo como ella es, sino también aceptarse a sí misma como sacramento de Cristo en el mundo, renunciando, como lo hizo su Señor, a la eficacia que se espera de ella desde criterios o proyectos totalmente terrenales.

Cuando la comunidad cristiana, la Iglesia, ha sido rechazada por la sociedad, ha intentado legitimarse a sí misma colaborando en las cosas que la sociedad valora. Es verdad que la Iglesia tiene que dar con su vida, con sus obras buenas, testimonio de la fe que la anima; pero no debe buscar carta de ciudadanía ni aprobaciones que le otorguen créditos en el presente o en el futuro y, en los sitios donde hay alternancia de poder, ni en un partido ni en otro; porque es un error olvidar la aportación específica de la Iglesia y querer ganar crédito, por la eficacia de sus contribuciones, en dominios donde pueda parecer que pretende suplantar a la sociedad en su propio campo. Así la Iglesia puede ser solicitada de variados modos para constituirse en alternativa temporal, en orden a resolver los problemas de este mundo. Consentir a esto constituiría un vaciamiento interno de la misión que Cristo le ha confiado.

Ahora bien, desde el querer de Dios, la Iglesia sabe que tiene el deber de sembrar el amor, del que Cristo la ha hecho depositaria, en el seno de la sociedad. Tiene que decir palabras y alzar signos que favorezcan el establecimiento de una comunidad humana donde reine la concordia, se superen los agravios por la reconciliación entre todos, se auspicie la colaboración entre cristianos de distintas denominaciones, con hombres de otra religión y con no creyentes, en orden al bien común. Aun obrando así, sus propuestas crearán, al mismo tiempo, un contraste entre la novedad del Evangelio y la acción santificadora del Espíritu de Dios, por un lado, y el pecado del hombre, por otro.

En concreto, para este nuevo siglo y nuevo milenio, ¿qué puede aportar la Iglesia al mundo?, ¿qué puede aportar la Iglesia en Cuba?

Toda religión sería quiere ofrecer al hombre un tipo de mensaje que le dé sentido a su vida personal; que le haga mirar la historia de la humanidad no como una historia perdida o fracasada, sino salvada, y en el seno de esa historia propiciar un comportamiento moral responsable y una convivencia humana digna y armónica con sentido comunitario.

Lo propio del cristianismo es fundar todo este programa en Cristo, Hijo encarnado de Dios y Salvador del mundo. A su imagen, todo ha sido creado y en Cristo se consume la historia.

La aportación de la Iglesia en Cuba en este siglo que comienza debe hacerse, pues, en estos tres campos principales: en la estructuración y fortalecimiento de la vida personal, del orden moral y de la convivencia social. El cristianismo puede hacer un aporte valiosísimo a la sociedad civil en cualquier parte del mundo, también en Cuba.

1º Por el fortalecimiento de la vida personal. Cuando el ser humano se hace consciente de su dignidad de hombre y encuentra la alegría de vivir, pues sabe que hay un Dios que lo ama y cree en el Dios hecho hombre y por lo mismo en la dignidad divina del hombre, está naciendo un hombre positivo, reconciliado con la historia y consigo mismo, que no puede sino enriquecer la sociedad donde vive al mismo tiempo que fortalece su vida personal.

2º Es necesario también fortalecer el orden moral. La amoralidad y la desmoralización son peores que la inmoralidad. Esas ausencias de referencia moral indican que cada hombre o mujer es una brújula sin norte. De este modo no se sabe ya cuáles son los valores, ni los deberes, ni los ideales básicos y la vida se rebaja al plano sensorial, solo se buscan placeres. La sociedad, entonces, puede caer en la depresión y el hastío.

Sin embargo, la Iglesia no se presenta en medio de la sociedad únicamente como una instancia moral, más bien ella le da al ser humano un fundamento privilegiado de la moralidad, que es la persona de Jesucristo y su mensaje. Encontrándolo a Él se transforma la vida. Los valores que propone el Evangelio fundan un elevado comportamiento ético.

3º Es necesario, además, fortalecer una convivencia comunitaria que tenga en cuenta a todos. Hay que lograr que la convivencia entre los hombres y mujeres que integran un mismo pueblo se impregne de amor, de sentimientos de benevolencia y solidaridad entre todos. Esta solidaridad, para nosotros, cristianos, se llama fraternidad, pues todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre. Para que muchos en nuestro pueblo puedan alcanzar la meta de una convivencia verdaderamente comunitaria, fundada en el amor del prójimo, será necesario asumir también criterios que valoren y promuevan la reconciliación entre los que se hallan distanciados, enfrentados, cargados de rencores.

Por fin, la Iglesia ofrece, más que todo, como riqueza que le es propia, y que desea compartir con los hombres de todo tiempo y lugar, una gran familia, con una historia larga de muchos siglos. Esa

historia va más allá de las épocas de luchas y persecuciones y de las situaciones críticas y permite una verdadera fraternidad espiritual, que se logra en la oración y que abarca también aspectos de la cultura; se ensancha el alma hasta los confines de la catolicidad y el hombre que participa de la vida de la Iglesia se torna más libre, más entero ante las pruebas y capaz de superar tanto las preocupaciones por sus necesidades, como sus angustias presentes. Muchos fieles católicos, cubanos y no cubanos, necesitan poner por obra o replantearse en serio, durante este Año Santo, su conversión a Cristo, para vivir en verdad esa presencia renovadora de Jesús en medio de nosotros.

Las propuestas que hace la Iglesia a Cuba no son para mañana ni para este año 2000: son proyectos a largo plazo para los cuales hay que preparar a las generaciones jóvenes. Se trata, en verdad, de un proyecto de más difícil realización que los programas a corto plazo que establecen los estados, partidos políticos, grupos intermedios o empresas y aun la misma Iglesia, por ejemplo, en lo que toca a la celebración del Año Jubilar, pues no puede medirse la acción de la Iglesia en la historia por la eficacia u otros parámetros similares, incapaces de calibrar la misión que Jesucristo le ha confiado y sus frutos.

Dar sentido a la vida y a la historia, hacer que los hombres sepan que los males y las miserias de este mundo no tendrán la última palabra, porque *«tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo... para que todo el que cree en Él se salve»* y sembrar amor y reconciliación en las estructuras de la sociedad para que exista una convivencia comunitaria de todos en una solidaridad que llegue a ser fraternidad, son propuestas que deben incidir positivamente y realmente en la sociedad paso a paso, pero sin la eficacia cuantitativa de las consignas y de las metas a plazo fijo. Y esto es debido a las motivaciones espirituales en que se fundan esas propuestas, que conforman, a la vez, una metodología distinta en cuanto al modo de hacer, pues tiene en cuenta tanto el contenido del mensaje como la libertad del hombre. Para la Iglesia, el respeto al hombre y el respeto al honor de Dios están inseparablemente unidos.

La religión cristiana contiene, en el misterio de Dios hecho hombre en Cristo, esa conciliación de lo humano y lo divino que es integradora y supera toda otra tensión. Un autor moderno ha afirmado: la encarnación de Dios en Cristo implica un «fortalecimiento infinito de la autoestima humana». La religión cristiana da al mundo ese aporte humano fundamental porque (cito ahora a Karl Barth) *«Todo aquel que se ha percatado una vez de que Dios se ha hecho hombre ya no puede hablar y actuar de manera inhumana»*.

Para hacer vida este mensaje, la Iglesia necesita no solo espacio y libertad, sino que la naturaleza de su misión sea respetada y valorada justamente. Es verdad que, en muchas ocasiones, un proyecto humanista de tan altos contenidos lleva consigo una crítica de las situaciones que, por contraste, resultan deshumanizantes. Este es otro aporte de la Iglesia al mundo, que puede ser aceptado como un camino de perfeccionamiento del hombre y de la sociedad; pero teniendo siempre en cuenta que la gran innovación de la conciencia cristiana en la era moderna consiste en reconocer que los métodos son tan sagrados como los contenidos y que la verdad, aun la verdad de Dios, no se impone al hombre.

La crítica solo es creíble y legítima si se tiene esta atención a la metodología cristiana, si se basa en estudios rigurosos y si es históricamente posible. Por tanto, nada tiene que ver esa crítica con el distanciamiento de quien enjuicia desde arriba. La Iglesia no exhorta ni esgrime con insolencia argumentos contra el mundo, la sociedad o las estructuras políticas. Propone valores y los fundamenta en su propia fe, pero no como quien habla desde fuera del peligro o sin responsabilidad alguna, sino siguiendo la ley de la encarnación, desde dentro de la sociedad y como participante activa en la misma.

Aun así, aun cuidando todos los reclamos evangélicos en el contenido del mensaje y en la metodología para transmitirlo, el mensaje de Jesús es desestabilizante, y lo es para nosotros mismos: obispos, sacerdotes, personas consagradas o laicos cristianos comprometidos. Nos saca de nuestras seguridades y comodidades, y nos pone una y otra vez frente a la Verdad exaltante y comprometedora de un Dios que se anonadó y se hizo hombre por nosotros, aceptando el riesgo cierto de la Cruz. Los señalamientos válidos y dolorosos que nos hace el mismo Jesús en su Evangelio, nos invitan a la reflexión y al mejoramiento y no deben producir por sí mismos un rechazo airado, sino una consideración atenta. Sin las penalidades del parto no hay vida nueva, sin la Cruz de Cristo no hay Resurrección.

Celebramos los dos mil años del nacimiento de Cristo, acontecimiento único en su realidad histórica y en su proyección, y debemos conmemorarlo tomando muy en serio sus implicaciones, de modo que el Año Jubilar propicie de veras el comienzo de una etapa nueva para la humanidad y también para Cuba. Queda de nuestra parte responder a la iniciativa de Dios que *«por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se encarnó por obra del Espíritu Santo de María Virgen y se hizo hombre»*.

En este Año Santo Jubilar, de cara al tercer milenio de la era cristiana, la Iglesia en Cuba debe repetirle a nuestro pueblo, ansioso también de bienes del espíritu, a partir de lo que ella es y de la misión que Cristo le ha confiado, lo mismo que Pedro dijo al paralítico junto a la puerta Hermosa del templo: *«No tengo oro ni plata, pero lo que tengo eso te doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, echa a andar»* (Hch 3, 6).